

# *Los valores republicanos en la diplomacia francesa: entre el miedo a la revolución y los intereses patrios<sup>1</sup>*

Ángel Herrerín López

UNED

Fecha de aceptación definitiva: 8 de febrero de 2017

**Resumen:** La proclamación de la II República en España supuso un cambio en las relaciones internacionales de nuestro país: de los estrechos contactos con Alemania e Italia durante la Dictadura de Primo de Rivera, se pasó a una relación diplomática más fluida con Francia. El presente artículo trata de analizar tanto la imagen de España, como la visión especialmente incisiva que realizó de los acontecimientos internos Jean Herbette, Embajador de Francia en España. Visión en la que se aprecia la carga ideológica de los valores democráticos y republicanos, pero también el miedo al comunismo y los intereses de Estado de su país.

*Palabras clave:* República, Francia, España, Herbette, Diplomacia.

**Abstract:** the proclamation of the II Republic in Spain lead to a change in the international relations of our country: the close ties with Germany and Italy present during the Dictatorship of Primo de Rivera, gave way to a more fluid diplomatic relation with France. This article tries to analyze both Spain's image, and the particularly incisive vision of domestic events given by Jean Herbette, the French Ambassador in Spain. A vision in which the ideological weight of the democratic and republican values is appreciated, but also the fear of communism and the State interests of his country.

*Key words:* Republic, France, Spain, Herbette, Diplomacy.

<sup>1</sup> El presente trabajo se enmarca dentro del proyecto de investigación del Plan Nacional I+D+I del Ministerio de Economía y Competitividad, "España en la crisis del sistema liberal: una perspectiva externa, 1917-1936", Ref. HAR2012-31460, 2012-2015, y cuyo investigador principal es el profesor Hipólito de la Torre.

El agregado militar de la Embajada de Francia en España, en plena dictadura de Primo de Rivera, no dudaba en utilizar los tópicos que durante décadas se han esgrimido para justificar la imposibilidad de los españoles de vivir en democracia: “El pueblo español es un pueblo primitivo, sin instrucción y sin la menor educación política”, es dócil y sumiso cuando siente por encima de su cabeza la mano firme de la autoridad, pero si esta afloja, da salida a sus instintos, entonces el desencadenamiento de sus pasiones no conocerá freno y aparecerá lo que en el fondo no ha dejado nunca de ser, “sanguinario y bestial”. Por lo tanto, según el agregado militar, la única opción para mantener el orden y evitar el comunismo era la represión. Plantear otra solución, incluyendo la instauración de una República, “sería muestra de un desconocimiento absoluto de la psicología española”, porque el día en que se diera al pueblo español, sin preparación para recibir las libertades políticas, abusaría y caería inmediatamente en la anarquía<sup>2</sup>.

A pesar de estas lúgubres predicciones, la República se proclamó en España de forma pacífica el 14 de abril de 1931. La llegada de una república democrática anunciaba un trato especial con países con los que, supuestamente, compartía valores esencialmente democráticos y republicanos, como era el caso de Francia; país de una importancia excepcional para España en las relaciones internacionales, tanto por tener una frontera común, como por compartir intereses en el Mediterráneo y Norte de África.

La diplomacia francesa en nuestro país en abril de 1931 estaba en manos de Charles Corbin. Aunque a los pocos meses, en concreto en julio, fue sustituido por Jean Herbette, que llegaba a nuestro país después de ejercer su labor diplomática en la Unión Soviética. Los informes que confeccionó Herbette tienen un valor esencial no solo para examinar la imagen que de España transmitió al ejecutivo francés, sino primordialmente por el análisis incisivo que realizó sobre la situación política, social y económica de la España republicana. En consecuencia, el presente artículo trata de analizar, de acuerdo con el contenido de este dossier, la imagen de España proyectada desde la embajada de Francia, pero no solo por su posible influencia en la toma de decisiones por parte del gobierno correspondiente, sino como materia de análisis de los acontecimientos internos de nuestro país bajo la atenta mirada de observadores bien informados. Cuestión, esta última, que se revela como esencial al comprobar la agudeza de Herbette a la hora de interpretar la realidad española de la época. Aunque antes de empezar a analizar el contenido de esta documentación diplomática conviene hacer una breve semblanza del nuevo embajador, con el objeto de encuadrar mejor al personaje y facilitar la comprensión de sus escritos.

<sup>2</sup> *Informe secreto del agregado militar de la Embajada de Francia en España, 25-11-1924*, Archives Diplomatiques de France (en adelante ADF), serie Z, 240.

Jean Herbet, nacido en 1878, tenía unos rasgos distintivos con respecto al resto de sus colegas en el cuerpo diplomático francés. Había sido elevado al rango de embajador con 46 años, cuando lo normal era que se accediera por encima de la cincuentena. Era licenciado en derecho, como el resto del cuerpo diplomático, pero también en Letras y Ciencias, con un doctorado en Ciencias Físicas, lo que le convertía en algo excepcional en la diplomacia gala. Su pasado profesional también lo diferenciaba del resto de colegas franceses, pues a diferencia de estos, que provenían de la alta función pública, civil o militar, su trabajo se había desarrollado en el sector privado, en concreto, en la prensa, en periódicos como: *Siècle*, *L'Action*, *L'Echo*, *Temp* y *L'Information*. Antes de venir a España, Herbet fue Embajador de Francia en la URSS, donde pasó de la simpatía hacia los soviéticos a la más clara hostilidad. De hecho su salida de Moscú, en marzo de 1931, se produjo “por su creciente antisovietismo”. El nuevo destino fue Madrid. El gobierno español aprobó su nombramiento el 10 de junio de 1931, y un mes después, el 10 de julio, ocupó oficialmente su puesto de Embajador de Francia en España<sup>3</sup>.

### *La nueva república*

La proclamación de la II República en España no dejó indiferentes a los principales gobiernos europeos<sup>4</sup>. Para algunos el cambio de régimen conllevó cierta intranquilidad, como era el caso de Alemania. Las relaciones entre España y Alemania habían sido, en los últimos tiempos, estrechas. Así que la prensa alemana más conservadora lamentaba, en primer lugar, la caída de Alfonso XIII, al que reconocían “una neutralidad irreprochable” en la Gran Guerra, así como muestras de amistad en el transcurso de su reinado. Los mismos diarios señalaban el “éxito para Francia” que suponía la proclamación de la república. Opinión que era compartida por el resto de periódicos teutones, ya fueran moderados o de izquierdas, y que vaticinaban el alejamiento de España no solo de Alemania, sino también de Italia, y su más que posible acercamiento al país gallo<sup>5</sup>. Por su parte, el mundo financiero británico también mostraba sus inquietudes ante la nueva situación en

<sup>3</sup> DENÉCHÈRE, Y.: *Jean Herbet (1878-1960). Journaliste et ambassadeur*, Bruxelles, Presses Interuniversitaires Européennes, 2003, pp. IX-XIV.

<sup>4</sup> Véase, entre otros: EGIDO, A.: *La concepción de la política exterior española durante la Segunda República (1931-1936)*, Madrid, UNED, 1987; QUINTANA, F.: *España en Europa, 1931-1936. Del compromiso de la paz a la huida de la guerra*, Madrid, Nerea, 1993; DENÉCHÈRE, Y.: *La politique espagnole de la France de 1931 à 1936. Une pratique française de rapports inégaux*, París, L'Harmattan, 1999; BERDAH, J.F.: *La démocratie assassinée. La République espagnole et les grandes puissances, 1931-1939*, París, Berg International Éditeurs, 2000; NEILA, J.L.: “La política exterior de la España republicana (1931-1936): excepcionalismo y normalidad historiográfica”, *Studia historia. Historia Contemporánea*, n.º 22 (2004), pp. 47-83; EGIDO, A. (ed.): *La Segunda República y su proyección internacional*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2017.

<sup>5</sup> *Informe de Pierre de Margerie, Embajador de Francia en Berlín, para Aristide Briand, Ministro de Asuntos Exteriores de Francia, 15-4-1931, ADF, serie Z, 151.*

España. La existencia de un gobierno provisional y el temor a una fuerte presencia comunista en el nuevo parlamento eran las bases de la intranquilidad de aquellos que tenían importantes intereses económicos en nuestro país<sup>6</sup>. Mientras que la principal representación diplomática de la nación que, supuestamente, partía con ventaja en las relaciones con la España republicana, Francia, ponía el acento en la necesidad de mantener unas buenas relaciones con el nuevo gobierno; en gran parte, porque Francia necesitaba contar con el apoyo de España con vistas a sus siempre difíciles relaciones con Alemania, a la que miraba con redoblado recelo ya no solo por los problemas derivados de las reparaciones de la guerra mundial, sino también por el avance del Partido Nacional Socialista<sup>7</sup>. Pero la importancia de su vecino del Sur no se circunscribía exclusivamente a un posible apoyo en los conflictos europeos, sino que estaba también relacionado con la importante posición estratégica de nuestro país en relación con los intereses franceses en el Mediterráneo y Norte de África<sup>8</sup>. De todas formas, Francia siempre asignó un papel secundario a España en su política exterior, ocupando un escalón inferior al que otorgaba a países como Gran Bretaña, Italia y Alemania.

En este contexto, el embajador Charles Corbin identificaba, ya en sus primeros escritos, buena parte de los problemas a los que tendría que enfrentarse la nueva república. Por un lado, la actitud de la Iglesia y el Ejército, aunque les consideraba aislados del pueblo y, por ello, sin fuerza para actuar violentamente contra el nuevo régimen. Por otro lado, la cuestión catalana, cuya solución pasaba, según el embajador, por un acuerdo en base a un marco federativo o en la unión de dos estados delimitados por una autonomía administrativa pero sin separación política, económica ni financiera. Aunque sobre todos los problemas sobresalía el económico, del que derivaba el no menos fundamental de la situación social. Para Corbin, el “sueño popular” que representaba la República no se podría consolidar sin un “éxito económico”. Para ello era fundamental el apoyo decidido de la burguesía, a la que, de todas formas, veía poco preparada para la realización de una actividad económica intensa. Estas deficiencias podían disparar el enfrentamiento social en un país con grandes desigualdades, tanto regionales como personales. A las zonas ricas como el País Vasco y Cataluña, se contraponían las pobres como Andalucía y Extremadura; junto a los “relativamente acomodados” campesinos propietarios del norte de España estaban los obreros agrícolas andaluces, “agitados por una angustia permanente”; frente a los obreros industriales cualificados

<sup>6</sup> *Informe de Fleuriau, Embajador de Francia en Londres, para Briand, 29-4-1931, ADF, serie Z, 151.*

<sup>7</sup> *Informe de Jean Herbertte, Embajador de Francia en España, para Briand, 30-12-1931, ADF, serie Z, 141.*

<sup>8</sup> Véase: NEILA, J.L.: “Revisiónismo y ajustes en el Mediterráneo: Tánger en las expectativas de la II República Española (1934-1936)”, *Hispania* n.º 181 (1992), pp. 655-685; EGIDO, A: “Los antecedentes de la intervención extranjera. La República y Francia”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Historia Contemporánea n.º 3 (1990), pp. 143-154.

de Barcelona y Bilbao, ponderados en sus actuaciones, se encontraba la mano de obra inmigrante de obreros no cualificados que alimentaban, según su percepción, “las fracciones más extremistas de los sindicatos y los grupos anarquistas”. En resumen, el peligro social latente solo podía ser conjurado con “una acción económica intensa”, lo que en el fondo consideraba “poco probable”.

Precisamente, cuando Jean Herbette tomó el relevo en la Embajada de Francia, sus primeros informes ahondaban en la imagen de una España convulsa socialmente, por lo que incidía en la multitud de conflictos sociales que inundaban la geografía española: de los trabajadores de carga y descarga de Bilbao; de obreros de Altos Hornos de la Duro Felguera en Asturias; huelga general en Sevilla... Herbette intentó desentrañar los motivos de esta alta conflictividad, más allá de interpretaciones basadas en la “psicología española”, como señalaba anteriormente el agregado militar. El nuevo embajador situaba las causas en la “extrema miseria” en la que se encontraban muchos de los trabajadores industriales y, sobre todo, los obreros agrícolas que estaban en peligro de morir “de hambre con sus familias antes de la próxima cosecha”. La solución, de acuerdo con el anterior embajador, pasaba ineludiblemente por una recuperación económica y financiera de España, que permitiera la realización de unas reformas políticas y sociales ineludibles. Entre las primeras, el incremento de la presencia de los poderes públicos en toda España; entre las segundas, la mejora de las condiciones laborales de los obreros en las fábricas y la necesidad de tierra para los campesinos más pobres. Pero esta mejora económica y el inicio de reformas tenían que venir, según su criterio, de la mano de la recuperación de la autoridad, para que el devenir de nuevo régimen se desarrollara en orden<sup>10</sup>.

Estas dos recetas, reformas y autoridad, eran fundamentales, según Herbette, no solo para la consolidación del régimen republicano, sino también, y quizá más importante en su labor diplomática, para evitar la revolución social y salvaguardar los intereses de Francia.

### *Orden y represión*

Pero este binomio de reformas y autoridad, que se aplicaba en países desarrollados, como Francia, resultaba mucho más complejo de realizar en España. La llegada del nuevo régimen supuso que los más desprotegidos tuvieran el “sueño popular”, en palabras de Corbin, de que la República iba a mejorar de forma inmediata su situación vital. Pero las condiciones de miseria en la que se desenvolvían, principalmente, los jornaleros en los campos eran tan deficientes que difícilmente se podrían solucionar con medidas reformistas. Reformas que seguramente servían para países avanzados, pero que resultaban claramente insuficientes para

<sup>9</sup> *Informe sobre la situación de España desde la Embajada de España*, 9-6-1931, ADF, serie Z, 151.

<sup>10</sup> *Informe de Herbette para Briand*, 21-7-1931, ADF, serie Z, 151.

los graves problemas de España. Baste recordar los telegramas que enviaban los gobernadores civiles desde Andalucía al Ministerio de Gobernación; por ejemplo, el gobernador de Cádiz señalaba que en Algeciras los parados recorrían las calles pidiendo limosna; mientras que en Jerez de la Frontera se organizaban “nutridas caravanas (de) obreros hambrientos” demandando “trabajo y pan”<sup>11</sup>. El propio Manuel Azaña reconocía que “el paro forzoso en Andalucía era gravísimo”, y consideraba necesario “gastar dos millones diarios, durante tres meses, para que la gente no se muera de hambre y no se insurreccione”<sup>12</sup>.

Respecto a la autoridad, otros miembros de la diplomacia europea en nuestro país compartían el diagnóstico de Herbette. El Embajador de Alemania, Conde de Welczeck, mantenía que España tenía la necesidad de ser gobernada con autoridad. De todas formas, admitía que, a pesar de las alertas sobre el supuesto escenario revolucionario en nuestro país, la situación no era tan alarmante, por lo menos mientras Manuel Azaña estuviera al frente del ejecutivo y los socialistas participaran en el gobierno<sup>13</sup>. La presencia de estos en el poder era, según su interpretación, muy positiva ya que ayudaba a “imponer a las masas obreras..., la paciencia y los sacrificios indispensables”. El embajador alemán comparaba la situación de España con lo sucedido en Alemania tras el fin de la Primera Guerra Mundial, cuando el socialista Ebert llegó a la presidencia del país, lo que se tradujo en una importante influencia sobre las masas obreras en los primeros años de la República de Weimar<sup>14</sup>.

Herbette valoraba también muy positivamente la presencia de los socialistas en el gobierno republicano. No solo por lo que pudiera tener de constructiva, sino por lo que tenía de moderada y, en consecuencia, de necesaria para encauzar las aspiraciones de los trabajadores por derroteros reformistas, no revolucionarios. Así que cuando enumeraba la multitud de conflictos sociales que había en nuestro país, no dudaba en advertir que “la inestabilidad podía ser mucho más grave todavía si el partido socialista estuviera fuera del gobierno”<sup>15</sup>. Reflexión que le hacía plantearse dos preguntas: si España debía seguir siendo gobernada por una fuerza de izquierdas y si esta eventualidad era deseable para Francia. La respuesta a ambas cuestiones era afirmativa. Su razonamiento se basaba en la posición central que tenía el gobierno en la sociedad española: “Porque si esta coalición está más a la izquierda que el ‘país’ personificado por las clases poderosas, está curiosamente menos a la izquierda que el ‘país’ encarnado por la inmensa masa de obreros

<sup>11</sup> Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Gobernación serie A, leg. 6 A, 3.

<sup>12</sup> AZAÑA, M.: *Memorias políticas y de guerra, I*, Barcelona, Crítica, 1981, p. 48.

<sup>13</sup> Sobre Azaña: EGIDO, A.: *Manuel Azaña, entre el mito y la leyenda*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2006; SANTOS, J.: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008.

<sup>14</sup> *Informe de Herbette para Briand*, 23-12/1931, ADF, serie Z, 153.

<sup>15</sup> *Informe de Herbette para Briand*, 30-12/1931, ADF, serie Z, 141.

agrícolas y por las aglomeraciones donde vive el proletariado industrial”. Así que para el Embajador, un gobierno que se colocara en el lado de las clases pudientes fracasaría pronto o tarde por una acción revolucionaria, que no sería pacífica y que tendría repercusiones fuera de España. En consecuencia, Francia debería mantener la posición que había tenido en 1914, es decir, “defender la causa de la libertad contra los regímenes de opresión”. Como para este cometido, terminaba Herbette, Italia no estaba “desgraciadamente” con Francia en esa lucha que podía ser vital, era fundamental que España si lo estuviera<sup>16</sup>.

La importancia de contar con el moderantismo de los socialistas no se circunscribía exclusivamente a las tareas de gobierno, sino que se extendía a la colaboración de la central sindical hermana, la UGT, en el mundo laboral y, en consecuencia, en el mantenimiento del orden público. Colaboración, que advertía, “no exenta de influencia”<sup>17</sup>. Herbette solía reforzar sus argumentos con comparaciones históricas, que para este caso le trasladaba a un pasado muy cercano: la actuación de los socialistas durante la Dictadura de Primo de Rivera<sup>18</sup>. Período en el que, según señalaba, no solo eludieron enfrentarse al golpe, sino que transitaron de la neutralidad a la colaboración. Era la colaboración “no exenta de influencia” que señalaba Herbette, pues con ella evitaron su posible ilegalización, y consiguieron la consolidación de su organización y el incremento del número de afiliados<sup>19</sup>.

Ahora, en tiempos republicanos, Largo Caballero ocupaba el puesto de Ministro de Trabajo, y una de sus primeras decisiones fue la aprobación de un decreto, con fecha 7 de mayo de 1931, por el que ponía en marcha los Jurados Mixtos, versión republicana de los anteriores comités paritarios de la Dictadura. Esta legislación observaba perfectamente los planteamientos de la UGT basados en la conciliación y la mediación. Pero no los de la otra gran central sindical de la época, la CNT, ya que la mediación del Estado en la negociación significaba un ataque contra uno de sus principios fundamentales: la acción directa - entendida en el ámbito sindical como la resolución de los conflictos laborales directamente entre trabajadores y empresarios y, por lo tanto, alejada de cualquier tipo de mediación -. Dicho decreto se complementó con la Ley de Asociaciones Profesionales del 8 de abril de 1932, que facultaba a la Delegación Provincial de Trabajo para realizar un estricto control de los afiliados y, de manera especial, de las juntas directivas<sup>20</sup>; lo que en medios confederales se entendía como un excesivo control

<sup>16</sup> *Informe de Herbette para Edouard Herriot, Presidente del Consejo*, 12-8-1932, ADE, serie Z, 154.

<sup>17</sup> *Informe de Herbette para Paul Boncour, Ministro de Asuntos Exteriores*, 4-1-1933, ADE, serie Z, 258.

<sup>18</sup> Véase: HERRERÍN, A. y SUEIRO, S.: “¿Quantité négligeable o rival terrible?: La imagen francesa de la España primorriverista”, en A. Herrerin y S. Sueiro (Coords.), *La imagen de la dictadura de Primo de Rivera en las cancillerías europeas, Pasado y Memoria* n.º 16 (2017), pp. 17-46.

<sup>19</sup> JULIÁ, S.: *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 126-131.

<sup>20</sup> Véase: GIL, J.: *Segunda República Española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006; BIZCARRONDO, M.: *Historia de la UGT. Entre la democracia y la revolución, 1931-1936*, Madrid, Siglo XXI, 2008, p. 27.

estatal sobre la organización, a lo que se unía el miedo a que las listas de afiliados y comités terminaran en manos de la policía, con el consiguiente incremento de la represión. En fin, las leyes laborales sirvieron para fomentar, más si cabe, la rivalidad entre ambas centrales. Un enfrentamiento que el propio Azaña señalaba como «una de las cuestiones más graves y más vivas» de su etapa de gobierno<sup>21</sup>. Aunque el presidente no tuviera ninguna duda de qué parte estaba.

Como tampoco lo tenía Herbertte, que veía en la UGT la central necesaria para modular y hasta taponar las actuaciones más expeditivas de anarquistas y comunistas. Su posición se veía reforzada por las comunicaciones que recibía desde los consulados. Así, por ejemplo, el Cónsul de Francia en Sevilla informaba de la actuación de la Federación Provincial Obrera, adscrita a la UGT, cuyos sindicatos hicieron fracasar el último movimiento, al tiempo que señalaba la ausencia de un reparto equitativo ya que “a pesar de una cosecha magnífica, hay mucha miseria entre los obreros agrícolas<sup>22</sup>”. Pero Herbertte defendía que “la educación y el bienestar de las masas rurales no pueden improvisarse en menos de un año<sup>23</sup>”, por lo que mientras surtían efecto las reformas aprobadas por el gobierno, el mantenimiento del orden resultaba pieza clave para la consolidación del nuevo régimen.

Discurso que no varió ni siquiera con la represión de que fueron objeto las movilizaciones de obreros y campesinos en enero de 1932, que se saldaron con varias muertes por la acción de las fuerzas del orden público en lugares como Castilblanco, Salamanca, Jeresa, Epila, Arnedo... Los sucesos de Castilblanco abrieron este ciclo de violencia. En la localidad extremeña murieron cinco personas - un campesino y cuatro guardias civiles, que resultaron masacrados como respuesta de la masa campesina ante la muerte de su compañero<sup>24</sup>-. Esta fue una de las pocas veces en las que el embajador francés se dejó llevar por los tópicos, y recurrió a la imagen de gente “áspera y libre” en sus instintos, en consonancia con el enclave casi desértico de la zona. Aunque excusaba a la República de la miseria en la que vivían, para dirigir su acusación a los regímenes anteriores, no dejaba de mostrar su principal inquietud, que no era otra que la facilidad con que la propaganda revolucionaria arraigaba en estas circunstancias y estimulaba las ansias reivindicati-

<sup>21</sup> AZAÑA, M.: *Memorias...*, p. 64.

<sup>22</sup> *Informe del Cónsul de Francia en Sevilla*, 9-6-1932, ADF, serie Z, 173.

<sup>23</sup> *Informe de Herbertte para Briand*, 3-1-1932, ADF, serie Z, 154.

<sup>24</sup> JIMÉNEZ DE ASÚA, L., SALMERÓN VIDARTE, J., RODRÍGUEZ, A. y TREJO, A.: *Castilblanco*, Madrid, Editorial España, 1933; TRULLÉN, R.: “Castilblanco como sinécdoque. El discurso contrarrevolucionario de interpretación de la Segunda República”, *Historia Social* n.º 83 (2015), pp. 55-71; sobre el orden público en general véase, entre otros: BALLBÉ M.: *Orden público y militarismo en la España constitucional*, Madrid, Alianza Editorial, 1983; BLANEY JR. G.: “En defensa de la democracia: políticas de orden público en la España republicana”, 1931-1936, *Ayer* n.º 88 (2012), pp. 99-123; GONZÁLEZ, E.: *En nombre de la Autoridad. La defensa del orden público durante la Segunda República (1931-1936)*, Granada, Comares, 2014.



vas de los campesinos. Así que insistía en los dos puntos básicos de su posición: la revolución solo se podía parar con una política capaz de satisfacer las aspiraciones justas de las masas, pero también mediante la represión de sus accesos de cólera<sup>25</sup>.

Una represión que, en los acontecimientos de enero de 1932, tuvo su punto culminante en los sucesos del Alto Llobregat. No por la huelga que protagonizaron los mineros de la zona<sup>26</sup> – pues este movimiento no se diferenció mucho de aquellos levantamientos cíclicos que desde décadas se repetían en la campiña andaluza debido a la miseria y la injusticia social<sup>27</sup> – sino por las consecuencias que para la República iba a tener la represión puesta en marcha por el Gobierno. En efecto, el Ejecutivo intentó atajar este movimiento mediante el envío del ejército a la zona y la deportación de más de un centenar de personas a los dominios españoles en África. Azaña rechazó el ofrecimiento de Lluís Companys de enviar un mediador al lugar de los hechos y aseguró que “los únicos que irían a la zona de la revuelta serían los soldados<sup>28</sup>”; mientras que, en la sesión parlamentaria del 21 de enero, se desentendía de los problemas laborales que habían provocado la huelga y justificaba la intervención del ejército “para que este disturbio quede extinguido en horas<sup>29</sup>”. A continuación, el gobierno deportó en el vapor Buenos Aires no solo a trabajadores que habían participado en el levantamiento, sino también a anarquistas como Durruti y Ascaso que se encontraban en Barcelona en el momento de los sucesos<sup>30</sup>. Estas circunstancias fueron utilizadas por los anarquistas para hacerse con el control de la CNT, con el consiguiente desalojo de los órganos de dirección de anarcosindicalistas moderados, como Ángel Pestaña o Juan Peiró, bajo la acusación de traición y de haber mantenido una posición de connivencia respecto al nuevo régimen. Relevo que iba a traer funestas consecuencias para el devenir de la República, pues la CNT pasó de las movilizaciones laborales al insurreccionalismo<sup>31</sup>.

En toda esta situación, el Embajador francés mostró un conocimiento de la situación interna de la CNT que parecía faltar a Azaña. Así, cuando éste recibió a Pestaña el día que, el todavía secretario cenetista, le visitó para pedir clemencia

<sup>25</sup> *Informe de Herbette para Briand*, 3-1-1932, ADF, serie Z, 154.

<sup>26</sup> BORDERÍAS, C. y VILANOVA, M.: “Cronología de una insurrección: Figols en 1932”, *Estudios de Historia Social*, n.º 24-25 (1983), pp. 187-199.

<sup>27</sup> HERRERÍN, Á.: “El insurreccionalismo anarquista durante la Segunda República”, *Bulletin d’Histoire Contemporaine de l’Espagne*, n.º 51, pp. 101-118.

<sup>28</sup> AZAÑA, M.: *Memorias...*, p. 402.

<sup>29</sup> AZAÑA, M.: *Discursos parlamentarios*, Madrid, Publicaciones del Congreso de los Diputados, 1992, pp. 132-133.

<sup>30</sup> GIRÁLDEZ, J.: *Creyeron que éramos rebaño. La insurrección del Alto Llobregat y la deportación de anarquistas a Canarias y África durante la II República*, Málaga, Zambra, Libreando y Balandre, 2009.

<sup>31</sup> Sobre todo este asunto véase: HERRERÍN, A.: “El movimiento de 1932: insurrección cenetista o asalto anarquista al poder sindical”, *Les Cahiers de FRAMESPA* (en prensa).

para los deportados en el vapor Buenos Aires, el presidente del gobierno apuntó en su diario que Pestaña estaría “contento de que le haya librado del predominio de los pistoleros<sup>32</sup>”. Palabras que mostraban no solo el desconocimiento de la situación interna en la CNT, sino que ponían en evidencia la corta visión política que le impedía ver como la represión estaba siendo utilizada por los anarquistas para hacerse con el control de la organización sindical. Esta falta de perspectiva contrastaba con los informes de Herbertte, que hacían notar la pérdida de fuerza del anarcosindicalismo en beneficio del anarquismo en el sindicato desde las primeras acciones represivas del gobierno republicano. Sus informes reflejaban la deriva que estaba sufriendo la Confederación, que pasó del intento de control de las huelgas que convocaban sus sindicatos<sup>33</sup>, a la proliferación de las movilizaciones. Pero también el endurecimiento de la línea del principal diario cenetista, *Solidaridad Obrera*, que lanzaba “ataques contra todo el mundo y contra todas las cosas” desde que estaba en manos del anarquista Felipe Alaiz, que había sustituido a Juan Peiró en la dirección. Situación parecida a la que sufría la CNT en Cataluña, cuya radicalización iba acompañada de una importante disminución del número de afiliados<sup>34</sup>.

Sin embargo, Herbertte mostraba su impericia cuando intentaba comprender la lógica revolucionaria de los anarquistas desde planteamientos republicanos y de orden. Como sucedió cuando buscaba la motivación principal del movimiento de enero de 1933, a través de la norma: “is fecit cui prodest” (a quién beneficia). Entonces se perdía en un laberinto de dinero, donantes de fondos, cómplices escondidos..., que rebasaba el conflicto social existente en nuestro país para entrar en el terreno internacional. Porque la situación de anarquía que se intentaba crear en España, según su opinión, jugaba en contra tanto de Francia como de Inglaterra, pero a favor de aquellos a los que beneficiara la desestabilización en el Mediterráneo occidental y el Norte de África. El Embajador, rizando el rizo, insinuaba una posible conjunción de intereses entre los revolucionarios españoles y ciertas potencias extranjeras, sin especificar nombres, en el que “la ofensiva revolucionaria podría formar parte, después de todo, de un plan de guerra internacional”; lo que obligaba a la defensa de la república española, en aras de la confluencia que existía “entre los intereses de Francia y España<sup>35</sup>”.

### *La derecha católica y los intereses de Francia*

Herbette siempre entendió que la defensa de valores republicanos - democracia, laicidad, libertad - y los intereses de Francia pasaban por la consolidación del

<sup>32</sup> AZAÑA, M.: *Memorias...*, p. 417.

<sup>33</sup> Pestaña intentó desde el Comité Nacional limitar la autonomía de los sindicatos a la hora de convocar huelgas. *Circular n.º 1 del CN de la CNT*, Barcelona, 11-8-1931, Centro de Documentación de la Memoria Histórica de Salamanca (en adelante CDMHS), sig.: PS Santander HA, C 12, exp. 2.

<sup>34</sup> *Informe de Herbertte*, 15-12-1931, ADF, serie Z, 240.

<sup>35</sup> *Informe de Herbertte para Boncour*, 11-1-1933, ADF, serie Z, 156.

gobierno republicano socialista con Azaña al frente. Por el contrario, la actuación de las fuerzas conservadoras sembraba todo tipo de dudas en el Embajador. Así sucedió cuando el líder de la derecha católica, Gil Robles, se desplazó a Alemania para asistir al Congreso del Partido Nacionalsindicalista en Nuremberg, en el verano de 1933, con Hitler ya en el poder<sup>36</sup>. Para Herbetete, este viaje no podía considerarse un hecho sorprendente, ya que la derecha católica española siempre había manifestado unas claras simpatías por Alemania. Relaciones que se atemperaron con la llegada del régimen fascista al poder, pero que se reanimaron tras la firma del Concordato con el Vaticano, en julio de 1933. Así que no era de extrañar que para *El Debate*, órgano de expresión de la CEDA, el régimen de Hitler se hubiera “convertido en una especie de ejemplo”, y que Herbetete se mostrara categórico al afirmar que, como franceses, “estamos obligados a desear que los partidos españoles de derecha no vuelvan al poder”, porque orientarían sus políticas “hacia los países con los cuales nosotros podemos entrar en guerra<sup>37</sup>”.

Así que Herbetete insistía constantemente en la necesidad de apoyar al ejecutivo de Azaña, ya no solo para evitar que un gobierno de derechas entrara en la órbita de los enemigos de Francia, sino porque lo consideraba como el garante que impediría su otra gran obsesión: la revolución. Por lo tanto, cuando se preguntaba si el apoyo de Francia a la tarea de gobierno de Azaña favorecía la revolución social, respondía: “negativamente, sin dudarlo”. Un apoyo que se basaba en los intereses comunes con la República española, eso sí, “mientras siga siendo verdaderamente republicana”. Así que Herbetete pedía a su gobierno una colaboración decidida con el ejecutivo español, que iba más allá de un simple apoyo formal o material, e incluía medidas políticas tan significativas como actuaciones contra los españoles monárquicos que conspiraban en Francia. En fin, del gobierno galo dependía que Gil Robles hubiera hecho “en vano su peregrinaje *ad limina* hitleriana<sup>38</sup>”.

Lo cierto es que el “peregrinaje” del líder católico sembraba muchas dudas. Circunstancia que se incrementó con el artículo que publicó en *La Gaceta Regional de Salamanca*, órgano de la CEDA en esa localidad, titulado “Antidemocracia”, en el que señalaba que la realidad caminaba “hacia una concepción nueva del Estado”. Circunstancia que obligaba a los líderes de masa a no cerrar “el espíritu a las innovaciones fecundas de los tiempos”, y a los jóvenes derechistas a armonizarlo “con los principios inmortales de nuestra católica tradición<sup>39</sup>”. Aunque lo

<sup>36</sup> GIL ROBLES, J. M.ª: *No fue posible la paz*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 90.

<sup>37</sup> *Informe de Herbetete para Boncour*, 31-8-1933, ADF, serie Z, 157.

<sup>38</sup> *Ad limina* era la obligación impuesta a ciertos miembros de la jerarquía eclesiástica de visitar en tiempos determinados “los umbrales de sus apóstoles”, Santos Pedro y Pablo, es decir, Roma, y de presentarse ante el Papa para dar cuenta del estado en que se encuentran sus diócesis. En el fondo era reconocer la jurisdicción universal del Papa, y recibir exhortaciones y consejos. *Informe de Herbetete para Boncour*, 31-8-1933, ADF, serie Z, 157.

<sup>39</sup> Reseñado en ABC, 9-IX-1933. *Informe de Herbetete para Boncour*, 11-9-1933, ADF, serie Z, 157.

que más preocupaba al Embajador no era la apología que del fascismo hacía el líder católico, sino aquello que como francés más le inquietaba: su inclinación hacia la potencia que consideraba como la principal amenaza para su nación. Así que cuando Gil Robles enumeraba los contenciosos que Alemania tenía abiertos en el plano internacional, consecuencia del Tratado de Versalles, como los pagos por las indemnizaciones de guerra, las “mutilaciones territoriales: Alsacia, Lorena, el corredor de Dantzing, etc.”, Herbette significaba como el líder cedista dejaba entrever sus preferencias y su pobre “disposición hacia Francia<sup>40</sup>”.

Planteamientos que se incrementaron durante la campaña electoral para las elecciones de noviembre de 1933. En ella, los diarios conservadores pusieron énfasis en señalar el supuesto trato de favor que el gobierno republicano socialista había dispensado a nuestro vecino del norte. *El Debate* acusaba al ejecutivo de hacer perder a España su prestigio de país neutral y de no haber sabido defender los intereses patrios en materia comercial ante las disposiciones francesas. Mientras que *ABC* ponía en valor la presencia en la candidatura conservadora para la diputación de Tenerife de Delgado Barreto, director en Madrid de *La Nación*. Diario que Herbette no dudaba en calificar como “casi fascista”, al tiempo que señalaba a Barreto como el principal distribuidor de la publicidad alemana en la prensa española durante la Gran Guerra<sup>41</sup>.

Así que la victoria de las derechas en las elecciones de 1933 preocupó sobre manera a Herbette. El análisis que hacía de la derrota republicana señalaba como primera causa: el voto de la mujer, que había “contribuido evidentemente a la victoria de las derechas<sup>42</sup>”; en segundo lugar, la división de los republicanos; en tercer lugar, la abstención de la CNT; y, por último, de forma especial, la ayuda de la Iglesia católica. Para Herbette, la Iglesia había sido el aglutinante de unos partidos conservadores que no habrían tenido tal fuerza electoral “sin las instrucciones de la Iglesia y el celo del clero”, hasta el punto de señalar que era “la Iglesia la que ha ganado”. Esta cuestión tenía un significado especial para el Embajador, no en vano entraba en colisión con el laicismo de los valores republicanos. En consecuencia, defendía que el ejecutivo republicano socialista no había obstaculizado en modo alguno el ejercicio de la religión católica, desmintiendo a aquellos que le culpaban de haberse ganado la enemistad de la Iglesia. La argumentación venía de la mano de las comparaciones históricas, tan de su gusto: la expulsión de los jesuitas había sido infinitamente menos dura y eficaz bajo la República de Azaña que bajo la Monarquía de Carlos III; ni se había hecho nada parecido a la desa-

<sup>40</sup> *Informe de Herbette para Boncour*, 16-9-1933, ADF, serie Z, 157.

<sup>41</sup> *Informe de Herbette para Boncour*, 27-10-1933, ADF, serie Z, 158.

<sup>42</sup> También la prensa católica italiana señalaba la ayuda que la derecha había recibido “sobre todo del electorado femenino”. *Informe de Charles Roux, Embajador de Francia en la Santa Sede, al Ministerio de Asuntos Exteriores*, 26-11-1933, ADF, serie Z, 158.

mortización, incautación y venta de bienes religiosos como sucedió en tiempos de Mendizábal. Otras medidas adoptadas por el ejecutivo, como la prohibición de la enseñanza por las congregaciones era tan débil que podía cambiarse fácilmente, mientras que el intento de separación entre Iglesia y Estado no había sido más riguroso que el que existía en Francia<sup>43</sup>.

En fin, la victoria de las derechas reavivó los miedos del Embajador. Porque si en tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera, España se había acercado a Italia<sup>44</sup>, ahora, con las fuerzas conservadoras en el poder, el acercamiento a Alemania era más que probable. En esta nueva coyuntura, defendía que los socialistas no debían de reducir su acción a la oposición parlamentaria, que sería prácticamente estéril debido a la minoría que representaban en la cámara, pues perderían su ascendiente en los tajos y en la calle en detrimento de otras fuerzas revolucionarias. En fin, el parlamento, según su interpretación, iba a desempeñar un papel secundario, porque lo primordial iba a estar fuera, “en las asociaciones semifascistas de la derecha, en los sindicatos obreros, en los cuarteles, en la calle<sup>45</sup>”.

Previsiones que parecían cumplirse cuando la CNT quiso aprovechar la victoria de la derecha en las elecciones para lanzar una nueva insurrección. La estrategia confederal partía del “criterio irrefutable” de que, tras una destacada abstención, los grupos de izquierda apoyarían el movimiento ante “el miedo a la instauración de un régimen autoritario<sup>46</sup>”. Pero una cosa era no ir a votar y otra muy diferente lanzarse a la revolución. La insurrección era prematura. A los pocos días de perdidas las elecciones, los socialistas no habían asimilado, todavía, las consecuencias de su derrota. Había que esperar unos meses para sentir los efectos de la pérdida de poder y el retroceso de las reformas. Pero los anarquistas tenían prisa y volvieron a protagonizar el movimiento en solitario. Movimiento que se cobró la vida de 125 personas<sup>47</sup>.

Para Herbette, una de las enseñanzas fundamentales de esta insurrección era que el orden social establecido no había enraizado todavía en España: “esta puede ser la más grave de las constataciones de los sucesos de estos últimos días<sup>48</sup>”. Pero también le preocupaba las repercusiones en el plano internacional, por lo que no dejaba de intuir la presencia de alguna potencia, sin decir nombres; y de buscar, de acuerdo con los rumores que circulaban, a los responsables de haber financiado el

<sup>43</sup> *Informe de Herbette para Boncour*, 22-11-1933 y 27-11-1933, ADF, serie Z, 158.

<sup>44</sup> Véase HERRERÍN, A. y SUEIRO, S.: “¿Quantité négligeable o rival terrible?...”.

<sup>45</sup> *Informe de Herbette para Boncour*, 22-11-1933, ADF, serie Z, 158.

<sup>46</sup> *Actas del Pleno Nacional de Regionales, Barcelona*, febrero 1934, Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam (en adelante IIHS), sig. CNT, 93 B.

<sup>47</sup> VILLA, R.: “La CNT contra la república: La insurrección revolucionaria de diciembre de 1933”, *Historia y Política* n.º 5 (enero-junio 2011), pp. 177-205.

<sup>48</sup> *Informe de Herbette para Boncour*, 12-12-1933, ADF, serie Z, 158.

movimiento. De ahí que sus informes se llenaran de expresiones como “un dinero que no se sabe de dónde viene”, o “el dinero ha circulado en cantidades insospechadas”. Todo ello para señalar de forma explícita a la derecha española. A este respecto, recogía la intervención de Gil Robles en la sesión parlamentaria que había debatido sobre la insurrección, dónde el líder católico, dirigiéndose a los socialistas, había dicho: “de los sucesos de hoy, ustedes son los instigadores morales”, a lo que el socialista Álvarez Angulo le contestó: “y ustedes los instigadores materiales<sup>49</sup>”.

### *El Gobierno Lerroux y el cambio de discurso socialista*

Herbette entendía que el gobierno Lerroux era un ensayo de transición entre la necesidad de mantener la República para evitar la revolución social y la obligación de tranquilizar a las fuerzas políticas conservadoras, lo que incluía a la Iglesia y a los grupos más poderosos. Pero este objetivo chocaba con las fuertes desigualdades existentes derivadas del problema social<sup>50</sup>. Desigualdades que, según los informes del Embajador, se habían ampliado desde que la derecha estaba en el poder. Los salarios agrícolas habían disminuido, principalmente en Andalucía y Extremadura, para convertirse en “salarios de hambruna”. A esta circunstancia había que añadir los cambios en la legislación social aprobada en el primer bienio, como la reforma de los jurados mixtos o la derogación de la ley de términos municipales<sup>51</sup>.

En estas circunstancias, los socialistas radicalizaron aún más un discurso que ya había cambiado desde su salida del gobierno. El viraje tenía varias causas: el desencanto de militantes y afiliados hacía el nuevo régimen; la pérdida de poder de las fuerzas de izquierda, “sin cuya presencia permanente en las cimas del nuevo régimen no se concibe la República<sup>52</sup>”; los cambios en el panorama internacional, donde democracias como la italiana y la alemana habían visto nacer en su seno movimientos fascistas que habían terminado por devorarlas; pero también por la fuerte presión que la CNT ejerció sobre socialistas y ugetistas, tanto con la movilización continua de los trabajadores, como mediante la denuncia sistemática de la inoperancia del régimen republicano para mejorar la vida de los más desfavorecidos y sobre la represión ejercida contra obreros y campesinos. Los ugetistas veían como su sindicalismo de negociación y gestión estaba siendo sustituido por otro de movilización y acción, más próximo al anarcosindicalismo. Las huelgas obreras en las que participaban sus afiliados no seguían las pautas recomendadas por la central socialista. De hecho en el *Boletín* de la UGT de marzo de 1934 se reconocía que las huelgas generales en las que participaban no cumplían con sus es-

<sup>49</sup> *Informe de Herbette para Boncour*, 12-12-1933, ADF, serie Z, 158.

<sup>50</sup> *Informe de Herbette para Boncour*, 17-1-1934, ADF, serie Z, 159.

<sup>51</sup> *Informe de Herbette para Edouard Daladier, Presidente del Consejo de Ministros*, 2-2-1934, y *para Louis Barthou, Ministro de Asuntos Exteriores*, 19-2-1934, ADF, serie Z, 159.

<sup>52</sup> *El Socialista*, 1-V-1934.

tatutos<sup>53</sup>. El propio Herbetete señalaba como en la huelga de la construcción de la capital las reuniones que tenían lugar en la Casa del Pueblo asistían militantes de CNT y UGT, cuando hasta hace poco era lugar de cita exclusivamente socialista<sup>54</sup>.

De todas formas, según Herbetete, la actuación de los dirigentes socialistas tenía una doble cara: por un lado, hacían una dura crítica a la represión ejercida por el gobierno Lerrooux, tachándola de “terror blanco”; y, por otro lado, intentaban contener las ansias reivindicativas de los trabajadores y volver al sindicalismo de control y negociación. Es decir, el discurso violento no hacía más que disimular la prudencia con que las organizaciones obreras socialistas venían actuando<sup>55</sup>. Pero la situación social, con la crisis económica, la disminución de los salarios, el incremento del paro..., provocaba que, en más de una ocasión, la respuesta de los trabajadores fuera difícil de contener. Hasta la CNT reconocía que, a veces, era imposible sujetarlos, y que los propios comités sindicales tenían que “hacer de bomberos” para evitar movilizaciones<sup>56</sup>. Otras veces la contención era imposible. Como sucedió en la huelga de campesinos promovida por la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT), adscrita a la UGT, en junio de 1934. La dirección ante el miedo a verse desbordada por las bases y el posible abandono de la organización por un buen número de campesinos, no tuvo más remedio que apoyar la convocatoria. Huelga que se convirtió en un auténtico fracaso. El Ministro de Gobernación, el radical Salazar Alonso, declaró la cosecha como “servicio público”, lo que implicó declarar la huelga ilegal. El resultado fue la detención de miles de trabajadores, la destitución de alcaldes, clausura de sindicatos..., pero también la aprobación de un decreto que anulaba el turno de colocación y permitía a los patronos elegir a los campesinos a emplear, al mismo tiempo que invalidaba las bases de trabajo acordadas con antelación<sup>57</sup>.

### *Del movimiento de octubre a la primavera de 1936*

La entrada de la CEDA en el gobierno de la República fue la señal que los socialistas esperaban para el inicio de una huelga general que, en lugares como Asturias, derivó en una insurrección<sup>58</sup>. El movimiento protagonizado por los socia-

<sup>53</sup> JULIÁ, S.: *De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984, p. 356.

<sup>54</sup> *Informe de Herbetete para Daladier*, 2-2-1934, ADF, serie Z, 159.

<sup>55</sup> *Informe de Herbetete para Barthou*, 6-8-1934, ADF, serie Z, 160; véase también JULIÁ, S.: *De la Fiesta...*, p. 356.

<sup>56</sup> *Boletín de la Región Galaica* de la CNT, n.º 2 (abril-mayo 1934).

<sup>57</sup> *Informe de Herbetete para Barthou*, 30-5-1934, ADF, serie Z, 259; y BIZCARRONDO, M.: *Historia...*, pp. 110-113.

<sup>58</sup> Sobre octubre de 1934, véase, entre otros: RUIZ, D.: *Octubre de 1934. Revolución en la República española*, Madrid, Síntesis, 2008; BARRIO, Á.: *Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias (1890-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1988; SOUTO, S.: *Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?: movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 2004; HERRERÍN, Á.: “La CNT en el movimiento de octubre de 1934: entre el boicot y la participación”, *Hispania* n.º 252 (enero-abril 2016), pp. 217-244.

listas no hizo cambiar el discurso del Embajador francés: el problema de España era social. A pesar de mantener su criterio inalterable, no dejaba de sentirse preocupado por la deriva que estaba tomando este tipo de levantamientos, tanto por la unión de socialistas, comunistas y anarcosindicalistas, como por la violencia que se había ido incrementando considerablemente en cada movimiento. A este respecto, señalaba que la insurrección de diciembre de 1933 superó en violencia a la de enero, y la de octubre había sido mucho más violenta que las dos anteriores<sup>59</sup>.

Estas reflexiones dejaban entrever su preocupación por una revolución que intuía cada vez más cercana, pero también la repercusión que, ineludiblemente, tendría para su país. De todas formas, Herbette no se resistía a pedir la ayuda de su gobierno a la España republicana, como tampoco lo hacía en utilizar la historia para su reflexión. En efecto, el gobierno galo debía ayudar a la república española, pero no “de la forma del duque de Angulema” (que dirigió el ejército de los Cien Mil Hijos de San Luis en apoyo de Fernando VII en 1823), sino por el de “la legalidad republicana”. Colaboración que pedía no solo por convicción, sino porque el restablecimiento de una monarquía, si fuera posible, iría en contra de los intereses de la Francia republicana. En cuanto a la cercanía de la revolución, le preocupaba la actitud del gobierno con la represión por los sucesos de octubre. Ante las peticiones de la extrema derecha, de monárquicos y falangistas, que exigían “castigos ejemplares”, esperaba que Lerroux se mantuviera firme en la aplicación estricta de la ley. Porque el “terror blanco”, decía, no sería más que un amigo del “terror rojo” que haría mártires y, lo que era más preocupante, germen de nuevas insurrecciones<sup>60</sup>.

Sin embargo, el gobierno conservador dio una solución al conflicto que distó mucho de los planeamientos del Embajador; por un lado, con el envío de fuerzas que recordaban en exceso a un ejército colonial; y, por otro lado, por la puesta en marcha de una represión cruenta y, en muchos casos, ilegal que realizaron los que deberían haber restablecido el imperio de la ley, y no el de la venganza. Una represión que, además, fue más allá de las actuaciones en el momento de la acción, y que avaló la expulsión de miles de trabajadores de sus tajos por el simple hecho de haber participado en la huelga. Represión que facilitó las condiciones necesarias para la unidad de la izquierda en el Frente Popular. Porque, como había previsto Herbette: “a medida que el voto recupere su atractivo, el revólver perderá el suyo<sup>61</sup>”. Aunque, en realidad, más que el atractivo del voto había que hablar de la impotencia de la izquierda para conseguir por otros medios reconvertir la situación, y sacar a la calle a los miles de trabajadores que abarrotaban las prisiones republicanas.

<sup>59</sup> *Informe de Herbette para Barthou*, 10-10-1934, ADF, serie Z, 161.

<sup>60</sup> *Informe de Herbette para Barthou*, 10-10-1934, ADF, serie Z, 161.

<sup>61</sup> *Informe de Herbette para Boncour*, 17-1-1934, ADF, serie Z, 159.



A pesar de que la derecha vislumbraba una victoria arrolladora, Herbette vaticinaba, en enero de 1936, un triunfo de la izquierda. Su apuesta seguía siendo Azaña. Al que calificaba como el único hombre cuya estatura moral sobrepasaba la refriega, aunque se había visto obligado, por los ataques de la derecha, a “negociar la unión de la izquierda”. Sin embargo, estaba convencido de que, una vez en el poder, volvería a entablar la lucha contra las fuerzas de la revolución<sup>62</sup>. Frente a Azaña - y el ala moderada de los socialistas, representada por Prieto -, se encontraban los extremos, según Herbette, con los mismos objetivos. Pues tanto la alianza de la derecha católica con las fuerzas monárquicas y los socialistas de Largo Caballero con la extrema izquierda querían el cambio de régimen. Es decir, en las próximas elecciones era “el régimen el que estaba en juego”. Las derechas para la instauración, inmediata, de un régimen autoritario, cuando no dictatorial; la izquierda radical para conseguir la toma del poder por el proletariado<sup>63</sup>.

A la hora de analizar la victoria del Frente Popular, Herbette situaba el éxito de la izquierda en la movilización del voto trabajador y, de forma destacada, la importante participación de los cenetistas. Una mención especial merece su comentario sobre el voto de la mujer. El Embajador recordaba que cuando se dio el voto a la mujer hubo “mucha inquietud entre los republicanos”, e incluso significaba su importancia para el triunfo conservador en las anteriores elecciones. Pero la situación había cambiado. Las mujeres de los barrios populares habían empujado más a la izquierda que los hombres. Circunstancia que había dado la razón a los socialistas, al tiempo que mostraba la equivocación de la derecha al pensar que “las condiciones religiosas de la mujer española” le empujarían siempre a “pronunciarse en masa contra la izquierda<sup>64</sup>”.

Una derecha política y económica que mostraba su desconcierto y hasta miedo por la victoria del Frente Popular. Familias enteras que habían votado a los partidos conservadores protagonizaban un éxodo hacia Francia. En la frontera se cruzaban con los españoles de opuesto signo político que volvían a nuestro país tras haber huido de la represión por el movimiento de octubre de 1934<sup>65</sup>. Aunque la imagen de españoles cruzando la frontera en las dos direcciones por motivos políticos se había repetido a lo largo de nuestra historia, resultaba más dolorosa en esos momentos por que se producía con un régimen democrático.

Mientras, el gran derrotado, Gil Robles, había fracasado en su sueño de instaurar un régimen análogo al de Salazar en Portugal. El motivo era obvio para

<sup>62</sup> *Informe de Herbette para Pierre Laval, Presidente del Consejo de Ministros*, 9-1-1936, ADF, serie Z, 165.

<sup>63</sup> *Informe de Herbette para Laval*, 22-1-1936, ADF, serie Z, 165.

<sup>64</sup> *Informe de Herbette para P. E. Flandin, Ministro de Asuntos Exteriores*, 2-3-1936, ADF, serie Z, 166.

<sup>65</sup> *Informe policial*, 7-3-1936, Archivo de la Prefectura de Policía de París (en adelante APPP), BA 2160; *Informe de Lagmartres, Cónsul de Francia en San Sebastián, para Herbette*, 18-2-1936, ADF, serie Z, 165.

Herbette, España no estaba en ese momento para imitar a Salazar, como tampoco en tiempos de Primo de Rivera lo estuvo para hacer lo propio con Mussolini. España era “una nación individualista” que tenía “grandes problemas colectivos” presentes en su estructura social, y que solo podían resolverse “por la libertad o por la revolución<sup>66</sup>”. Aunque, Herbette veía dos factores de desestabilización que podían inclinar la balanza hacia esta última. El primero era la imposibilidad que había demostrado la derecha de actuar moderadamente. Herbette recurría a la frase de Goethe: *hammer oder ambose* (martillo o yunque), es decir, era preciso dominar o ser dominado, no había punto intermedio. Así que “muchas gente que había soñado ser martillo” no se resignaba a servir de yunque. El segundo venía de la clase obrera. Obreros y campesinos que esperaban cambios a los que era “imposible negar el nombre de revolucionarios<sup>67</sup>”.

En fin, Herbette mostraba en sus informes su coincidencia con Azaña en relación con el anarquismo. El Presidente estaba preocupado, según el Embajador, “por el auge que ha tomado en Madrid la CNT” y entendía que el anarquismo era “un cáncer” que era “preciso extirpar”. Pero también sabía, continuaba Herbette, que en nuestro país no se podía aplicar una represión como la que Lenin y Dzerjinski (fundador y director de la TCHÉCA, policía política bolchevique) hicieron en Rusia. Su preocupación por la revolución le hizo errar, como a tantos otros, a la hora de identificar al peor enemigo de la República, y señalar que “el principal peligro viene del anarquismo<sup>68</sup>”.

### *Conclusiones y epílogo*

Los informes de Herbette superan la visión de una imagen estereotipada de España. La búsqueda de las causas más profundas que le ayudaran a interpretar la realidad española desbordaba los tópicos referentes a nuestro carácter, idiosincrasia o psicología. Para él, los problemas más acuciantes giraban alrededor de la situación económico-social de miles de trabajadores que era necesario abordar. Pero esta necesidad, que difícilmente podía ser atendida mediante reformas que no tuvieran un carácter auténticamente revolucionario, marcaba un límite que el Embajador no estaba dispuesto a cruzar. De ahí que sus informes estuvieran saturados de comentarios que intentaban compaginar reformas y orden, sin eludir la posibilidad de una fuerte represión.

El miedo a la revolución, que existía detrás de este planteamiento, tenía su complemento en los problemas que la falta de orden en España acarrearía para los intereses de Francia en el plano internacional. Todo ello inculcado de unos valores republicanos que servían de argamasa para marcar sus preferencias, ya no

<sup>66</sup> *Informe de Herbette para Flandin*, 2-3-1936, ADF, serie Z, 165.

<sup>67</sup> *Informe de Herbette para Flandin*, 19-2-1936, ADF, serie Z, 166.

<sup>68</sup> *Telegramas de Jean Herbette*, 10-7-1936, ADF, serie Z, 167.

solo hacia partidos o personajes políticos, sino para señalar el rumbo que debía guiar la política francesa. Valores que identificaba ineludiblemente con el gobierno republicano socialista, con Azaña a la cabeza, y que le obligaba a desechar la colaboración con partidos conservadores. Aunque esta preferencia no se debía única y exclusivamente a los valores republicanos tan queridos, sino que se apoyaba también en su otro gran objetivo: salvaguardar los intereses patrios; lo que en la práctica se traducía en el miedo a que un gobierno conservador se inclinara hacia los países enemigos de Francia.

Pero este trabajo necesita un epílogo, consecuencia de la posición de Herbette en la guerra civil. Cuando se han leído sus informes con su planteamiento favorable al gobierno republicano socialista y contraria a la derecha española, y conoces que en el transcurso de la guerra civil tomó partido por el bando rebelde, es imposible no sentir cierta sorpresa, cuando no incredulidad<sup>69</sup>. Sin embargo, después de analizar detenidamente sus miedos y objetivos, su postura se puede entender.

La rebelión militar le sorprendió de vacaciones en San Sebastián. Más adelante pasó a San Juan de Luz, junto al resto de los diplomáticos extranjeros, donde permaneció a pesar de los intentos del Ministro republicano, Álvarez del Vayo, para que volviera a Madrid. De hecho, la izquierda francesa denunció su actuación al desobedecer las órdenes que le obligaban a retornar a la capital de España. Su puesto en Madrid fue ocupado por el teniente coronel Henri Morel, adjunto militar en la Embajada, que fue el encargado de redactar los informes a París entre octubre y diciembre de 1936. Morel llegó a decir a León Blum, presidente francés, que “un rey de Francia haría la guerra”, al tiempo que señalaba los problemas que una victoria rebelde implicaría para los intereses de Francia, y el consiguiente beneficio para Italia y Alemania<sup>70</sup>.

Por su parte, Herbette mantuvo, en los primeros compases de la guerra, el discurso de los días previos a la rebelión militar al señalar “el peligro del anarquismo”, e insistir en que los dos riesgos principales para Francia eran: “la anarquía y la dictadura”; la primera, porque “el ejemplo de la violencia y de la indisciplina” podía ser contagioso; la segunda, porque España se apoyaría en potencias extranjeras enfrentadas a Francia. En consecuencia, Francia debía apoyar al gobierno legal español, que es “el que actualmente hay en Madrid<sup>71</sup>”.

<sup>69</sup> Sobre la actuación de Herbette en la Guerra civil: BORRÁS, J.M.<sup>a</sup>: “Relaciones franco española de Jean Herbette (1936-1937)”, *Arbor*, 1986, pp. 77-99; BARRUSO, P.: “La misión diplomática del embajador francés, Jean Herbette, durante la guerra civil”, *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* n.º 28-29 (decembre 1998 - juin 1999), pp. 120-134.

<sup>70</sup> DREYFYUS-ARMAND, G. y MARTÍNEZ O.: *L'Espagne, passion française, 1936-1975. Guerres, exils, solidarités*, Les Arènes, París, 2015, p. 25; Denéchère, Y.: Jean Herbette..., pp. 270-271.

<sup>71</sup> DENÉCHÈRE, Y.: *Jean Herbette...*, pp. 260-262.

Sin embargo, a primeros de septiembre se apreciaba un cambio significativo, seguramente influenciado por dos hechos importantes: por un lado, la sustitución de José Giral por Largo Caballero en la presidencia de un gobierno que se vislumbraba revolucionario; y, por otro lado, la caída de Irún. Así que a mediados de septiembre, señalaba en un informe que el sistema existente en Madrid había dejado de ser constitucional para convertirse en una dictadura donde los elementos socialistas de izquierda, comunistas y anarcosindicalistas se disputaban el poder. Herbette mostraba la necesidad de “examinar las evoluciones militares y los efectos diplomáticos” de la nueva situación<sup>72</sup>. Examen que le llevó a un cambio definitivo a la altura de octubre de 1937.

Cambio seguramente influenciado por su miedo a la revolución, a la falta de “orden” que veía en el bando republicano; pero también por el pragmatismo político en defensa de los intereses de Francia, al presentir la victoria de Franco. En fin, había colegas del cuerpo diplomático que explicaban el cambio de Herbette por cuestiones personales y hasta materiales, en concreto, hacerse persona grata para los rebeldes y conservar su puesto. Porque como decía uno de ellos, Barbier, uno podría encontrar tanto en el cielo como en la tierra al “Santo Herbette<sup>73</sup>”.

<sup>72</sup> *Ibidem*, pp. 268-269.

<sup>73</sup> *Ibidem*, pp. 257-258-270.